Cosquillas



30 céntimos

UNA PREGUNTA. por *Demetrio.*

—¿Ustedes estiman justo que a una mujer que tiene estas piernas le diga la gente que da malos pasos?... ¿Que no? ¡Pero qué tíos más ricos son ustedes!



LAS SUPERPRODUCCIONES DE LA MANUFACTURA U. C. E.

María Corda (en primer término) en la estupenda comedia cinematográfica "La señora no quiere tener hijos".

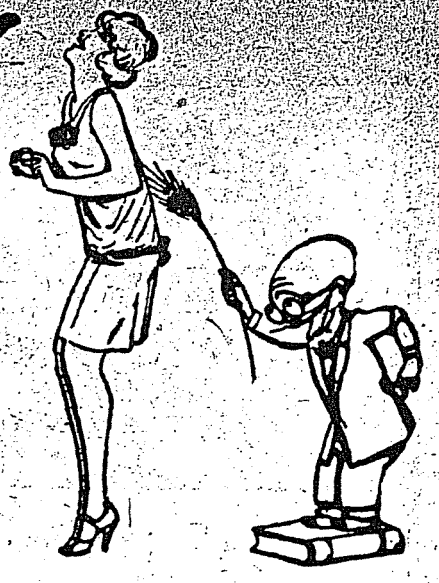


COSQUILLAS

REVISTA COMICO SATIRICA

Administración:
EDITORIAL 1927
Oficinas: Campomanes, 12
APARTADO 8.032
Precio del ejemplar: 30 cts.
Director: INCORDIEZ

Año II Madrid, 24 de Septiembre de 1927 Núm. 52





Nuevos consejos

Si tu cocinera es joven, arrogante y cuidadosa de su persona, deja a su iniciativa el condimento de los platos que has de comer. Como quiera que te presente el solomillo, has de repetir.

* * *

Una vez más te aconsejo que te hagas el prudente ante las mujeres y que jamás des el nombre de ninguna de las que te hayan prestado su concurso (digo concurso, ¿comprenden?) Cuando ellas se convenzan de que no vociferas tus revolcones con las señoras, ellas te confiarán el secreto de sus combinaciones.

* * *

Procura no hurgarte la nariz con el desafuero que lo hacen algunos, que se meten el dedo hasta la segunda falange en busca del elemento. A esas profundidades no has de encontrar el material de la necesaria consistencia para fabricar la bolita.

* * *

Si en el pasillo de tu casa, un tanto en penumbra, te tropiezas con tu criada; si es guapa y buena chica, hazle comprender de una manera inequívoca que tú eres el señorito. Pero procura de que no le quepa la menor duda de que eres el señorito.

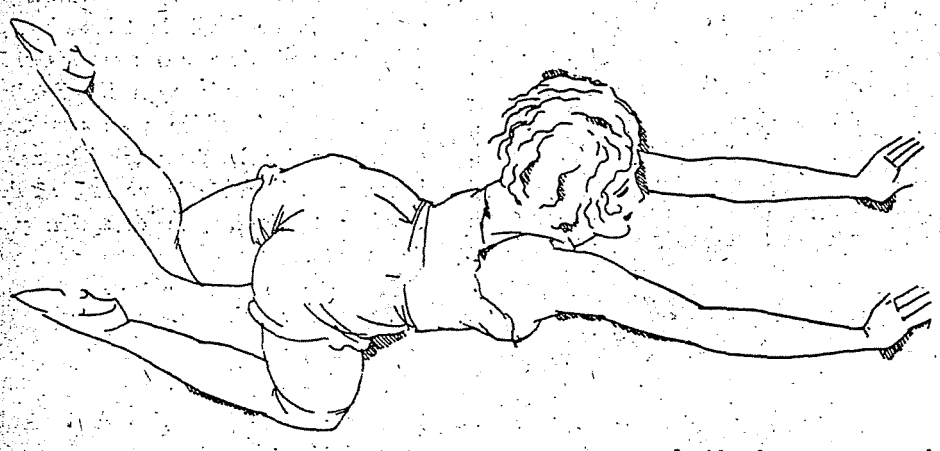
* * *



El.—*¿Qué quieres que te traiga hoy? ¿Un automóvil?*

—Ella.—*¡Me conformo con un* chauffeur!

No te creas a cubierto del ridículo porque hayas colmado de efusividades a tu compañera. A las mujeres hay que tocarlas en todos los resortes para que te dediquen su constante adhesión. A lo mejor te crees que no queda nada por hacer y viene otro con el último grito y te pascualiza.



—*Me he tirado al suelo de asombro que me ha producido lo que se está preparando para el* Almanaque de los bailes. *¡Qué espanto de bonitura!*

Por un olvido involuntario, no se insertó en el pasado número el anuncio de "Fotografías Selectas, Raras... de Bordeaux (Francia".



¡Un poco de formalidad!

Esa alegre comadre de sesenta y tantos años, que ha conseguido el premio en un concurso de pantorrillas recientemente celebrado en Londres, se me antoja una solemne estafadora.

No hay derecho a engañar de tal modo a las personas decentes que andamos por las calles. Las pantorrillas son, más que nada, una sugerencia, una promesa, la antesala de otras perfecciones físicas, el vermouth de un banquete de belleza femenina. Las mujeres de cierta edad no tienen por qué ni para qué lucirlas, aunque Dios se las haya conservado gordezuelas.

Cuando vengan los míos y yo sea Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, decretaré, en nombre de éstas últimas, que las hembras, doblado el cabo de los cuarenta años, estarán obligadas a usar falda hasta el tobillo, medias de lana a rayas verdirojas, y botas de elásticos con tacones de goma. Así ya no hay lugar a dudas. Con esos ingredientes no hay línea que resista ni miope que pueda confundirse.

Yo desafío a "Demetrio", "arbitrum pantorrillorum", pontífice máximo de las elegancias femeninas a contar de cintura para abajo—y también de cintura para arriba—, promotor de la moda de las sayas cortas, nacida del "pantorrillismo" que sus dibujos provocaron en la Cristiandad, yo le desafío, repito, a que trace unas piernas... sugerentes, con el atavío que le propongo. ¡No hay manera posible! La vieja londoniense premiada en el concurso triunfó porque ceñía medias "Raquel" y zapatos de tisú con un tacón de unos veinte centímetros. Así hasta las zafias pantorrillas de una espigadora de Olías del Rey adquiere calidades de sustentáculo de damisela trianonina.

Pero es el timo con agravantes. Y de este timo nos vengan los hombres que se tiñen. También pura apariencia engañan a las hembras caprichosas. Y luego, a la hora de la verdad, al descubrirse totalmente, la decepción y el desencanto.

Si perdemos la fe en las pantorrillas, que ahora nos parecen una cosa tan seria, ¿qué ilusiones nos quedan?, ¿qué atractivos nos ofrece la calle?, ¿qué levantará nuestro ánimo, de suyo desmayado y blandengue?...

LEOPOLDO BEJARANO.



—*Dice este periódico que* a cada hijo de vecino le corresponden cuatro mujeres. *¡¡Ilusos!! ¡La mitad de ellos, con una sola!... ¡Si no fuera por las ayudas!*

Dib. de *Mijangos*.



VOLUNTARIOSO

—*¡Señorito: que soy la doncella de su señora!*

—*¡Bueno; pues vas a dejar de serlo!*



UNA DESCRIPCION Y UN EFECTO, por *Demetrio*.

La señora.—*Este de ahora es un hombre fogoso, incansable, fornido y bello como un Apolo. ¡Con unos ojos de fuego! ¡Con una...!*

La doncella.—*Bueno, señorita; no siga describiendo, y... cuando menos, no tape la cerradura como anoche, ¡porque me despido!*



Los embargos de Ballenátez

Ballenátez es un picapleitos de la clase de espontáneos; privilegiado miembro del árbol de la galiofa leguleya que piruetea por las cantoneras del Código.

Ballenátez, físicamente, es fofo, granujiento y sucio. Cuando habla, espurrea; cuando anda, apisona; cuando ñasca, hoza; cuando respira, hiede.

Ballenátez, moralmente, es una cosa muy seria. Hijo de la amalgama morganática de una ganzúa y de un duro falso, cambia a su padre en calderilla, si en el parricidio le espera ventaja. Le reza a Monipodio, y su íntimo dolor es no haber sido engendrado por uno de los siete infantes ecijanos, dolor, en cierto punto, fuera de absoluta razón, porque los historiadores de Ballenátez no se atreven a negar ciertas posibilidades de realidad en lo que Ballenátez supone ingenuamente una aspiración ilusoria.

Ballenátez es negro, reconcentrado y bestia. Pero cuando ventea un embargo, se transfigura, se rejuvenece. Su alegría es de hediondo chacal; júbilo de hurón, regocijo de cuervo.

Y si ha de realizar el embargo en los bienes de una mujer, su exaltación jovial linda con el paroxismo.

Ballenátez no falla jamás en los embargos. Siempre saca tajada, pero jamás se coge los dedos, porque no hay quien conozca las leyes mejor que los ladrones.

Una vez fué a embargar a Purita la Menéos, una hija de mi vida que se dedica a las labores propias de su sexo, y se encontró con que en la casa no había más muebles que una cama y una *chaise-longue*. Ballenátez sabe que los útiles de trabajo se respetan, y no embargó.

Pero hace poco trató de realizar otro embargo en casa de Felipe el Oportuno...

¿Que no saben ustedes quién es Felipe el Oportuno?

¡Válgame el tercer Depósito de Sementales, y qué cosas se ignoran!

Verán ustedes: Felipe el Oportuno es... Vamos a ver. Felipe el Oportuno se apoda así, porque...

¿Cómo lo diría yo?

Si las amas de cría pudiesen llevar impresa en la epidermis la marca de fábrica, en casi todas ellas se leería: "Felipe el Oportuno".

El galán es de una solvencia y de una seguridad tan a plazo fijo, que siempre tiene cola. Claro es que de no ser así, ¡adiós negocio!

Bien; pues a Felipe el Oportuno fué a embargar el hombre Ballenátez.

Yo no sé lo que habría hecho Felipe el Oportuno; lo que me consta es que el mandamiento de embargo era severísimo. Tan severísimo, que en él se autorizaba a Ballenátez para embargar a Felipe el Oportuno hasta los instrumentos de trabajo.

Y así se lo hizo saber, campanudamente, con opaco regocijo concentrado, el animal de Ballenátez.

—¿De modo—interrogó Felipe—que también tengo que darle a usted mis instrumentos de trabajo?

—Sí, señor—gruñó Ballenátez—; también.

—Le *azvierto* a *usté* que pesan lo suyo.

—No importa.

—Que no va *usté* a poder con ellos.

—Me los echaré a cuestas, pero me los llevo.

—Vaya, pues prepárese a cargárselos...

Henchido de gozo obedeció Ballenátez. Un "¡¡¡ay mi padre!!!" vibró en el espacio... ¡¡Espantoso!!

.....

Ayer vi a Ballenátez y le dije:

—Creo que ha tenido usted un disgusto con Felipe el Oportuno. Cuidado. Con ese bestia hay que tener mucho ojo.

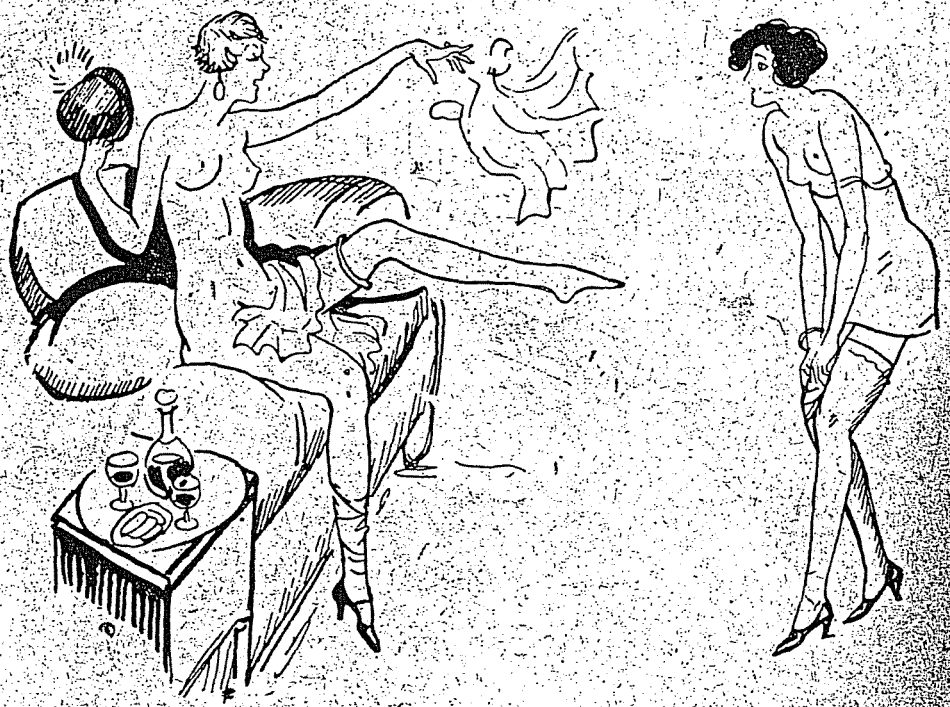
Ballenátez rugió, vibró, y se le fué un trueno como un cañonazo.

Y me contestó:

—¡¡Y me lo va *usté* a decir a mí!!

BELORCIO.

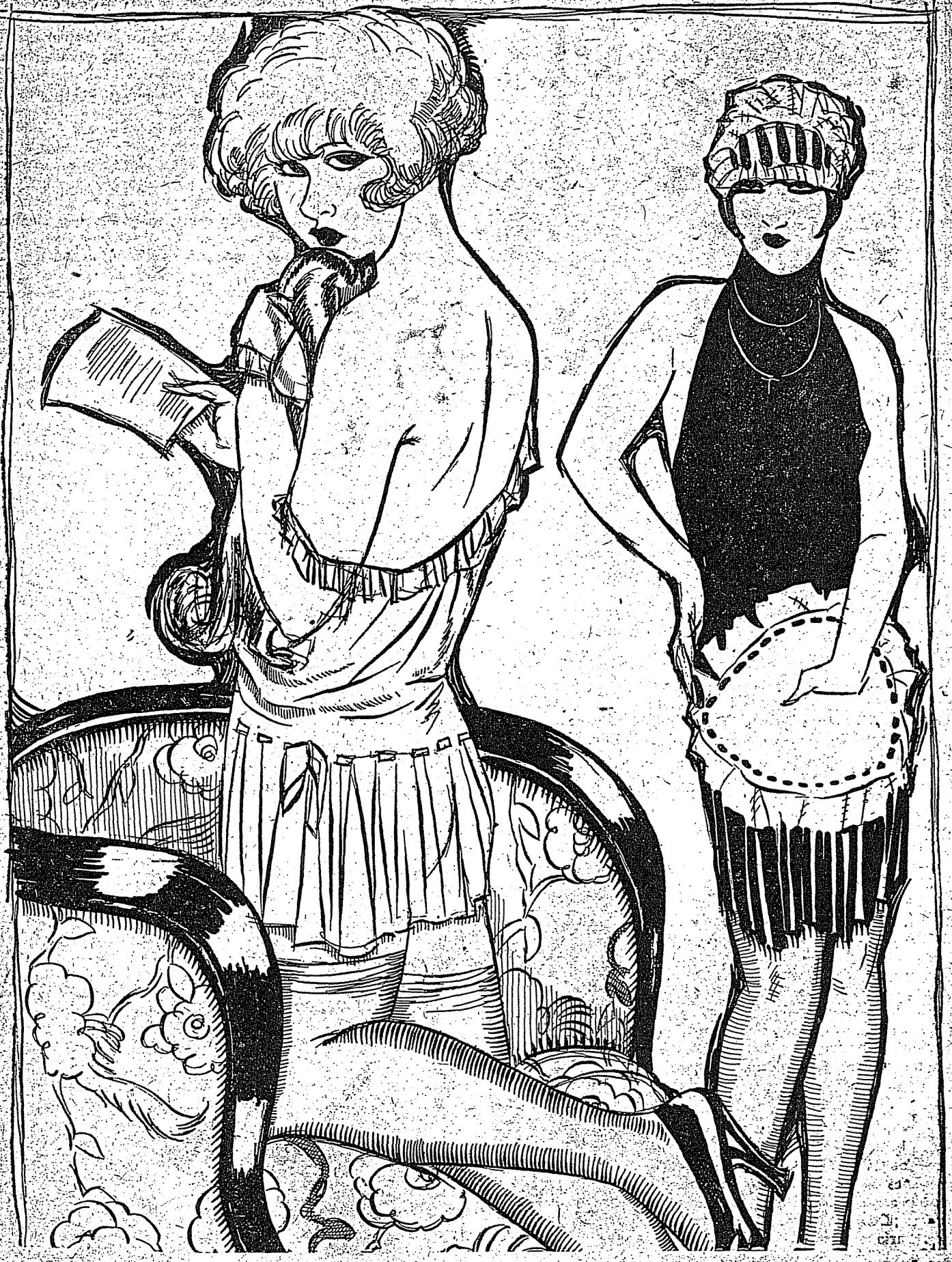
Editorial 1927
Apartado 8.032



—*¡Huy, qué contenta estoy! ¡Mira qué gorrito me ha regalado mi sombrerera!*

—*¿Y qué te ha costado el regalo de esa... lagarta?*

—*¡Una porquería!*



La señorita.—*No me gusta que pegue usted a* Pin-Pin. *¡Parece mentira que no le gusten los animales!*
La doncella.—*¿Que no me gustan los animales? ¡Pregunte la señorita a mi novio!*

Dib. de *Picó*.



(Diálogo bastante pesado, entre un caballero español huérfano de padre, y un foxterrier mundano y bisco, que trata de asuntos relacionados con el amor puro y con las camas de matrimonio.)

PRIMER ACTO

(Despacho regularmente amueblado en la oficina de un hombre de negocios. Muchos papelotes, muchos libros, muchas postales dedicadas, muchos recuerdos. Gracias.

Gracias a que la portera limpia el despacho todos los días y lo pone en orden, se puede andar por él. Si no, en el parquet de este despacho habría más papeles que en una zarzuela en doce cuadros.

Sentado ante una mesa hay un hombre de unos treinta años en actitud meditabunda.

Por la expresión de su rostro, no se adivina si este hombre está pensando en los panoramas de Alicante o en la subida de las peras de agua.

Pero indudablemente en algo está pensando, porque tiene cara de imbécil.

Frente a él hay un perro que le pertenece. Es un perro vulgar. Pero en sus ojos se ve un destello de inteligencia, y en su pata izquierda una mosca.

En la habitación contigua, el *tic-tic* de una máquina de escribir semeja una pertinaz granizada que cayese sobre los cristales de las gafas de un sordomudo.)

(Bonito símil.)

* * *

El hombre. *(Rascándose la caspa.)*—Indudablemente yo trabajo demasiado. Pero es necesario. Tengo hermanas y madre a quien mantener y necesito trabajar. ¡Debo trabajar! Sin embargo, yo soportaría mejor este rudo trabajo si a la salida de la oficina me esperase una bella mujer que con sus caricias y sus besos me hiciese olvidar estas penosas horas de trabajo... *(Pausa. Da un suspiro y se rasca un callo.)* Pero... ¿cómo disponer de esa mujer? Casarme, no puedo. No tengo aún suficiente dinero para echarme encima más obligaciones. Tampoco puedo tener una amiguita que me conceda ciertos favores desinteresadamente, porque para buscar esta bicoca es necesario perder un tiempo, del que yo no dispongo. Y marcharme, sencillamente, a una casa y dar dos duros por un rato de amor, sí me es posible; pero, es repugnante. Yo necesito un poco de ilusión, algo de romanticismo. Lo otro es una cosa propia de los perros.

El perro. *(Subiéndose a la mesa muy cabreado.)*—¡Eh, amigo, no ofendas! Estoy harto de que siempre que queréis desacreditar el amor fácil lo comparéis con el de los perros. El amor tal como lo practicamos nosotros es mucho más lógico que como vosotros lo practicáis.

El hombre. *(Algo extrañado y un poco incoloro.)*—¿Eh?

El perro.—Vamos a hablar francamente, Teodosio. Cuando un hombre como tú dice que él es un romántico, que necesita un amor, una ilusión, un cariño, no necesita ninguna de estas tres cosas. Necesita sencillamente desahogar una función fisiológica. Una vez la función desahogada, en el mismo momento, sentirá un poco de repugnancia, y que el romanticismo le ha desaparecido. Tú estás en ese caso. Dices que sientes la falta de un amor porque hace quince días que no tienes intimidad con una mujer. Y tu organismo necesita esa intimidad. En cuanto te desahogues, tu cabeza se despejará y volverás a hacer las cuentas normalmente. Esto es todo. Lo demás es literatura.

El hombre.—Puede que tengas razón. Pero ¿cómo buscar esa intimidad que necesito en este momento, para despejarme? El hombre no puede hacer las cosas con el descaro que vosotros, en cualquier sitio, en mitad de la calle...

El perro.—No lo podéis hacer porque vais vestidos y llamaríais mucho la atención. Nosotros vamos desnudos y no tenemos que quitarnos los tirantes ni los calcetines, ni necesitamos tantos requisitos como vosotros. Para comer sólo se necesita un poco de alimento. Para *eso*, una persona de distinto sexo. Teniéndola lo demás es superfluo.

El hombre.—Todo eso está muy bien. Pero hacer *eso* en medio de la calle es un acto grosero y de mal gusto.

El perro.—Estás equivocado. La unión de dos personas de diferente sexo es un espectáculo bello. Es una graciosa lucha, una simpática pelea, en la que siempre vence el amor. No me negarás que esta pelea encierra mil veces más bellezas que la de dos groseros boxeadores.



El.—Man *dicho que tu mario es un vengativo, y que al otro mozo que pilló contigo en el pajar, le... rebajó un real en el jornal.*



El.—*Creo que no tendrá usted nada que decir de la manera de cogerla.*

Ella.—*¡No, tontín! Mientras nos vean, siga usted así; pero en cuanto no miren, cójame a puñados.*

Y sin embargo, todas se avergüenzan de presenciar la primera, y en cambio, para presenciar la segunda, dan dinero y se reunen cincuenta mil personas en un Stadium.

El hombre.—Nuestras costumbres son así. ¿Qué quieres que hagamos?

El perro.—Es que vuestras costumbres son idiotas. A esa función lógica del organismo le dais una importancia que no merece. Vuestra desgracia es el lenguaje. Qué sabéis hablar.

El hombre. *(Que como todos los individuos que leán esta tabarra, se está aburriendo bastante.)*—¿Cómo?

El perro.—Si no fuera porque disponéis de tantas palabras para expresaros, seríais mucho más felices. Mucho más prácticos. Pero en estos actos tan sencillos mezcláis palabras, frases, promesas y esto os pierde. Todo se os hace más difícil. Nosotros hacemos eso que hacéis vosotros y no necesitamos hablar para nada. Un gruñido demuestra satisfacción. Otro, pena. Y con el rabo expresamos la alegría y el miedo. Y esto nos basta para amar. Lo demás sobra.

El hombre. *(Dando un bostezo que tira un pisapapeles.)*—¿Sí?

El perro. *(Que hay que fastidiarse la perra que ha cogido.)*—Vosotros, si quisiérais, también podíais llegar a nuestras costumbres. Y si tú consiguieras esto, no te dolería la cabeza de pensar de qué manera desahogarte. Si quieres, puedes probar ahora mismo.

El hombre.—¿Cómo?

El perro.—En la habitación de al lado, está la mecanógrafa. Es una chica bonita, alegre, un poco libre. Tú no has intentado abordarla porque no sabes qué decirla. Es el eterno conflicto que tenéis con la palabra. No sabéis nunca qué decir. Entorna los balcones, deja esto un poco a oscuras y llámala. Prueba a hacer las cosas como nosotros. No la digas nada. Y en cuanto termines, podrás trabajar con los bríos de antes. Completamente despejado.

ACTO SEGUNDO

(El hombre llama a la mecanógrafa.) Cuando entra, la abraza y la besa.

La mujer, extrañada, dice:

—¡Por Dios, don Teodosio!—e intenta defenderse.

(Pero él sigue. Toma de modelo a los perros y logra sus propósitos.)

La mujer.—¡Qué pensará usted de mí!

El hombre.—¡Que eres preciosa, mi alma!

La mujer.—¡Dios mío! ¡Qué pena!

El hombre.—¡Te voy a querer más que a mi madre!

La mujer.—Sí. Eso dirá usted a todas.

El hombre.—Eso te lo digo a ti sola, nena. ¿Quieres que salgamos esta noche?

La mujer.—No. Esta noche, no. Tengo que salir con mi novio.

El hombre.—Pero, ¿tienes novio, corazón?

La mujer.—Y que le quiero un rato largo.

El hombre.—¿Más que a este cura?

(Y sigue así el diálogo dos horas.)

ACTO TERCERO

(Ella se ha marchado al tocador. Quedan en escena el hombre y el perro.)

El perro.—¿Ves? Es inútil. Toda la vida seréis unos desgraciados.

El hombre. *(Poniéndose la camiseta.)* ¿Por qué?

El perro.—Por la necesidad que tenéis de hablar. Ya la has llamado guapa. Ya te has enterado de que tiene novio. Ya la has citado para mañana. Ya has mezclado a tu sencilla necesidad fisiológica las palabras de amor y mezclarás los celos. Y dentro de nada, esas mismas palabras, te servirán para reñir con ella. Y serás un desgraciado riñir con ella. Y serás siempre un desgraciado.

El hombre. *(Que ya no sabe si pegarle una patada en un ojo o sentarse encima para que se calle.)*—Pero, que narices iha. a hacer?

El perro.—Lo que querías hacer sencillamente. ¡Despejarte! Y esperar sentir nuevamente la necesidad para repetir el ejercicio, bien con ésta o bien con otra. Y mientras, no ocuparte de si tiene novio, ni de dónde vive, ni de cómo se llama su tío el de Huelva. El que tiene hambre, se come el pan muy calladito sin preocuparse de saber en qué tahona lo han amasado.

El hombre.—Pero eso es propio de animales. ¡Yo soy un hombre! Yo a esa mujer la quiero ya un poco.

(El perro le mira y se ríe. ¿Cómo se ríe? ¡Se troncha! Luego, despacio, muy despacio, se va hacia un rincón. Al llegar a él se vuelve y con lástima, con pena, con amargura, exclama:

—¡Qué animal eres, Teodosio!

Y haciéndose un ovillo en el suelo, cierra un ojo y se dedica a pensar en la felicidad que oculta el haber nacido perro.

Y ya está.

MIGUEL SANTOS.

(Ilustración de *Mihura.*)



El.—*¡Pues si quieres, terminamos!*

Ella.—*¡Eso quisiera yo! Así se demostraría que teníamos algo empezado.*



Charlas de Incórdiez

LA OCASION

Naturalmente que acepto y me lo guardo, el principio de que la mujer, por la educación recibida proporcionalmente en todas las esferas y en casi todos los *nuevos mundos*, es casta de suyo y el primer movimiento que dimana de ella cuando le tiramos una tarascada, es arrearnos un par de coces, pongo por agresión contundente.

Desde hace muchos siglos, la mujer es casta en principio; no hace como mamá Eva, que tiraba la manzana a la rebata por menos que canta un grillo, el cual, con una hoja de lechuga por aliciente alegratiz, le canta a ustedes todos los *charlestones* y *valses* robados al extranjero, que son los que dan la *pasta* que da brillo y esplendor. (Me estoy escurriendo en un asunto del que no quiero tratar hoy. Seguiré por ahora como los demás, haciendo de cabestro de estribo, en esa cuestión.)

Y tornando al tema que dejé sobre unos cojines, de que la mujer tiene un primer movimiento de pudor, en que hace de su mano hoja de parra y garra defensiva; vuelvo a espatarrarme en consideraciones sobre lo que yo creo pudor de conveniencia, o mejor dicho, miedo a las consecuencias.

Porque cuando la ocasión es propicia; cuando la mujer cercada por la irrefrenable fuerza de su temperamento ardientemente laval (de lava, ardiente); cuando hace mucho tiempo que no se acuesta mas que para roncar, entonces, si esa mujer no ha sido *empezada*, sí os tirará el zarpazo; pero más bien para apresaros que para heriros; más bien como la ruda caricia de la gata en plena temporada de recreo, que como repulsa de mujer ofendida... (¡Qué bien escribo!)

Lo descrito en las líneas que anteceden, ocurirá con la mujer esclava de los prejuicios sociales que la condenarán inexorables, si tiene descendencia de contrabando; pero si la ocasión antes descrita os depara una señora en pleno uso de sus caderas, entonces, ¡oh, entonces, queridos lectores y amigos míos!... Entonces es cuando se ponen de manifiesto en toda su imponente magnitud mis teorías sobre la mujer: (Las mejores cosas que he discurrido yo, han sido sobre la mujer, sobre el hombre no he intentado nada.)

Entonces es cuando *la ocasión*



—¡Qué asco! ¡Mira que besar al perrito en la boca!... ¡Quién sabe dónde la ha tenido!

—¡Yo lo sé!

Dib. de *Picó*.

hace de las suyas y el egoísta recato de la mujer que la hace huraña y cerrada a toda expansión con el hombre, se torna en *atracción de forasteros,* en persuasiva y a veces, descarada *invitación al relajamiento.*

Muchos hombres que tuvieron el *mucho gusto* de efectuar encuentros con bellas mujeres a las que creían inaccesibles, no quieren reconocer las circunstancias especiales en que se encontraban las decubito supina el día de la *farra.*

Yo mismo, y a pesar de mi prodigiosa fealdad, cogí hace años una breva de categoría, que jamás había ni soñado con llevarme a la boca, ni con llevármela a donde me la llevé.

Una señora esposa de un conocido mío (que no de un verdadero amigo), me suplicó que la guiase por el para ella desconocido laberinto de la Bombilla, en uno de cuyos restaurantes suponía que había de encontrar a su esposo, que se había despedido de ella como para efectuar un corto viaje, viaje que ella suponía ficticio y como tapadera de los amoríos que su marido sostenía con una segunda tiple. Ella sentía el pálpito de que en un merendero de aquellos podría sorprender a su esposo, y me rogó que la acompañase.

Yo la acompañé, porque tenía la evidencia de que el marido había salido en efecto de Madrid, y haciéndome el interesado por el deseo de ella, nos dirigimos a un acreditado establecimiento, en el que los reservados son propicios.

Ya en el reservado, preguntamos al camarero por las señas personales de los ocupantes de los otros reservados, y ella se pudo convencer de que su esposo no estaba allí. La alegría nimbó su bello rostro y en su contento aceptó la merienda que le ofrecí con una felina cortesía, mientras calculaba la resistencia de la desvencijada *chaise-longue,* porque la señora era *de arrobas.*

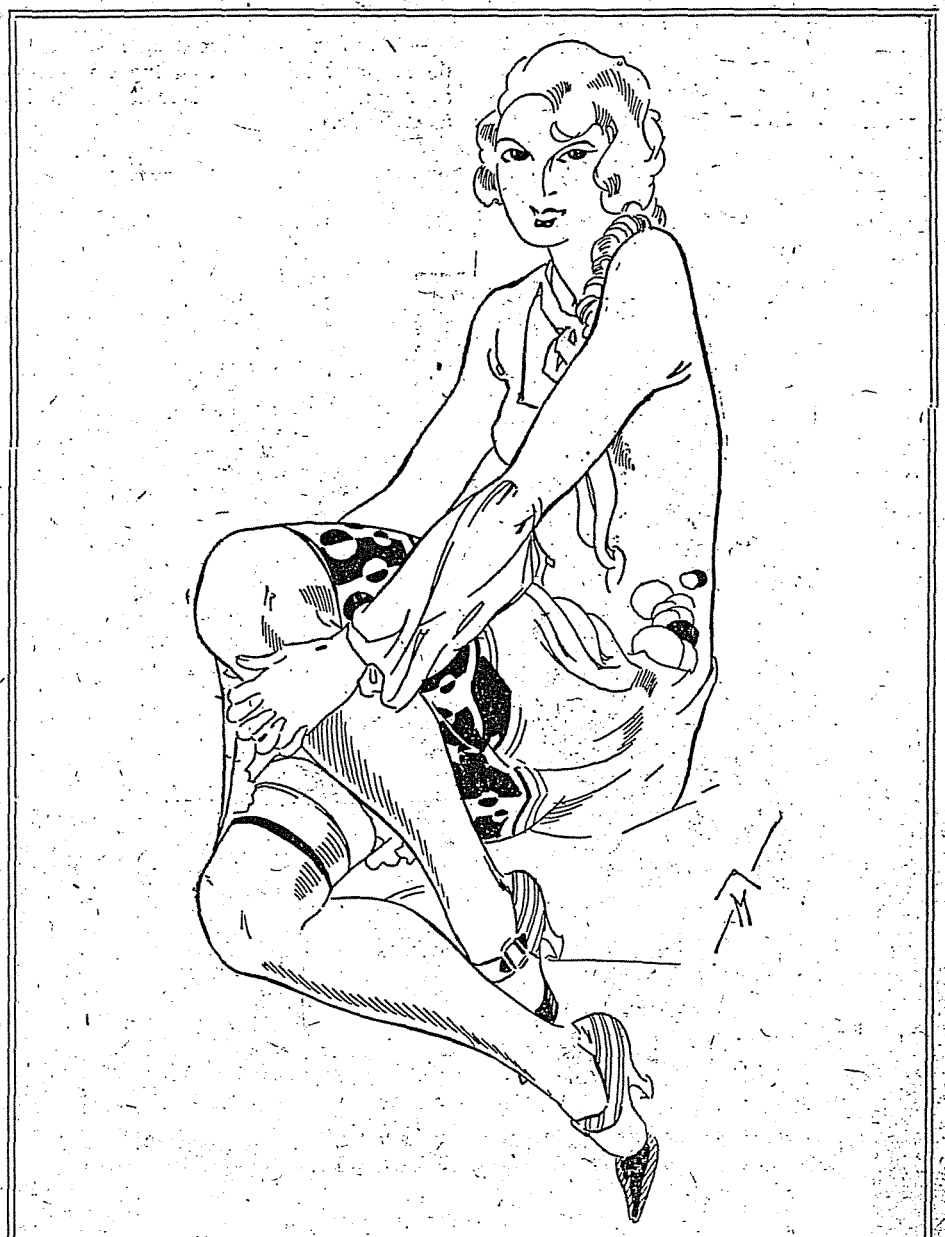
Lo demás lo hizo *la ocasión*: desde una ventana próxima a la mesa se veía el jardín, en el cual bailaba desaprensivamente una pareja que parecían *hermanos siameses* de frente. Por delante de la ventana pasó una parejita besándose y tabique por medio sonaban unos azotes eróticos, que pusieron a la pobre señora en un estado tal de bestialidad, que con un poco que hizo la sidra y lo cerca que se encontraba *el mueble,* me enteré al detalle de la ropa interior de la bella dama que no decía ni media palabra ni me miraba de frente, pero que *procedía* como una descosida, colmándome de felicidad, colmándola yo a ella.

¿Fué la ocasión o no fué la ocasión? Guíense de mí. Cuando se les presente una ocasión, empiecen a despojarse de las vestiduras, porque ella, tal vez comience con rugidos aterradores, pero terminará con maulliditos de mimo. ¡Y qué diantre! A este mundo hemos venido para algo más que a ser personas decentes. Yo, cuando menos, si no me enlodo bien, bien, no estoy *sastifecho.*

Vuestro hasta la congostación de le triplanada,

INCÓRDIEZ

El número 11 *de la Biblioteca de Cosquillas, será extraordinario, y llevará por título "Cómo se desnudan las mujeres", y será un prodigio de belleza.*



—Ahora comprendo que no sirvo para casada... Es decir; sirvo para casada momentánea.

Dib. de *Moliné.*

NOCTURNSO MADRILEÑOS

LAS NOCHES DE RECOLETOS

—¡Caramba, Pocholo; tú por Recoletos y en plan ostra! ¿Qué has hecho de la rubita de estos días?

—¡No me hables, chico; era una cursi remilgada! Tarifé la otra noche con ella.

—¿Por algún motivo gordo?

—Insignificante...; figúrate que tenía una gorda preparada para pagar la silla al cobrador y en un momento de distracción me equivoqué de mano...

* * *

—Pero, ¿todavía usted en Madrid?

—Sí, hija. Este año mi marido no ha logrado aún el permiso. El jefe, que es un tirano, dice que hay exceso de trabajo y que no puede ser.

—Y, ¿usted se resigna?

—¡Quiá! Precisamente ayer mismo estuve yo a ver al jefe para arrancarle el permiso.

—Y, ¿se lo arrancó usted?

—Estuvo en un tris...; ahora que no dejo el asunto de la mano...

* * *

—¡Eres una desaprensiva!

—¡Y tú un pasmao!

—Encima, insúltame, después de lo de anoche.

—Y me sobra la razón. Otra noche que vayamos el cine, te haces una señal en la mano, porque si no, ¿cómo quieres que conozca en la oscuridad si es la tuya o es la de otro?

* * *

—A mí una gaseosa y a la joven un grande de limón.

—¿Con paja?

—Esa, más tarde...

* * *

—¿Han visto ustedes qué suerte la de Amalia? Este año, en lugar de veranear en las sillas de Recoletos, ha ido a Ostende.

—¡Ya, ya! Creo que la proteje un marqués, amigo de su familia, que le ha dado diez mil pesetas para el viaje.

—¡Y lo que cuelga!

* * *

—¿Ya no viene Purita por aquí?

—¡Quiá! Está en San Sebastián, hace un mes, haciendo una vida opulenta. Creo que está tirando el dinero a manos llenas.

—Sí... Tengo noticias de que allí tira mucho.

* * *

—¿Ha visto usted qué calor tan horrible hace, Arturito?

—Sí, señora; mucho, muchísimo...

—Como que yo estoy todo el día con la lengua fuera... ¿Y usted?

—Yo, todo el día precisamente, no... Pero llevo ya un rato que no sé qué hacer con ella.

FIDEL PRADO.



—De modo que la sorprendieron a usted con su novio, en una casa de mala nota ¿Pero, dónde tenía usted la cabeza, señorita?

—¡Pues donde menos te puedes figurar!

Dib. de *Mijangos.*

Madrinas de guerra

Las solicitan:

Zacarías Corto Bueno (cabo), y Antonio Sánchez Díaz (soldado), del Batallón de Cazadores de Africa, núm. 16, 5.ª Compañía (Tistutin). Melilla.

J. C. Alférez del Regimiento de Melilla, núm 59 3.ª Compañía, primer Batallón Targuist. Melilla. Alfonso Elorza Rosaenz y Antonio López Ureña, Batallón de Cazadores de Africa, núm. 1. Tetuán.

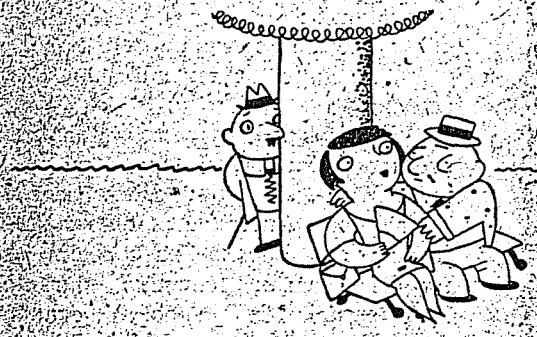
Enrique Fernández Poyato (sargento), Agrupación de Batería de Campaña, 3.ª Batería. Melilla. Gonzálo Cevollada Palacios, Regimiento de Infantería de Africa, número 68, primer Batallón, 2.ª Compañía. Melilla.

Francisco González, Emilio Sánchez y Fernándo Sainz, Batallón de Cazadores de Africa, núm. 6, 5.ª Compañía. Larache.

Angel Alner Teva (cabo), Antonio Padilla López, Manuel Miranda, Francisco Amate, Fernando de la Torre, Antonio Espejo, José Higueras y Antonio Quero Rejano, Compañía Expedicionaria de Granada, núm. 34. Destacados en Dar Raid. Tetuán.

Julio Micieces, Ernesto Gómez y Francisco Moreno, Aeródromo terrestre de Nador. Melilla. Antonio Cano Murillo, Legión Extranjera. Primer Tercio, 1.ª Bandera, XIII Compañía, Torres de Alcalá. Alhucemas.

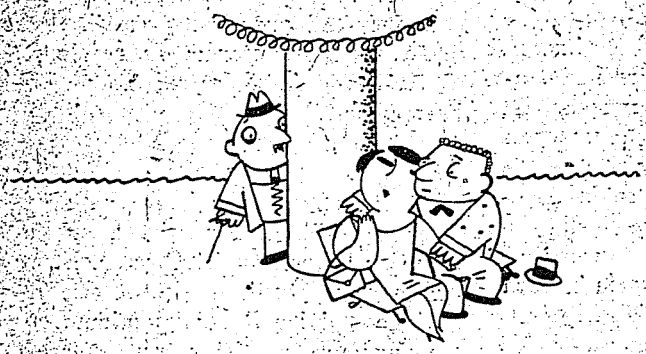
Los contemplativos, por Mihura



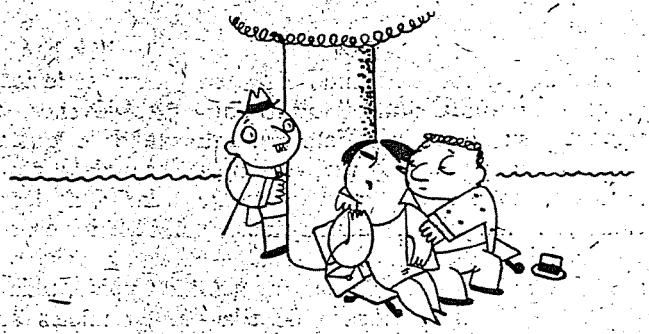
—¿Me quieres, vida?
—Te quiero, corazón.



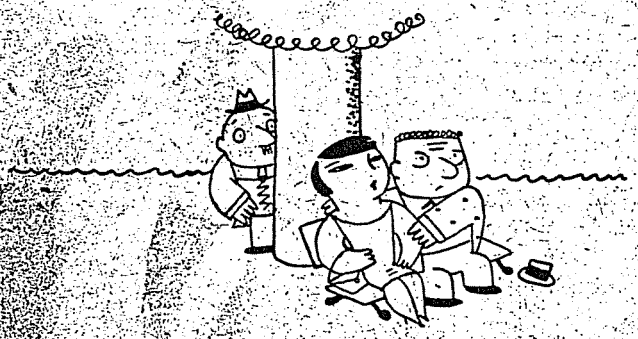
—¡Encanto!
—¡Mi alma!



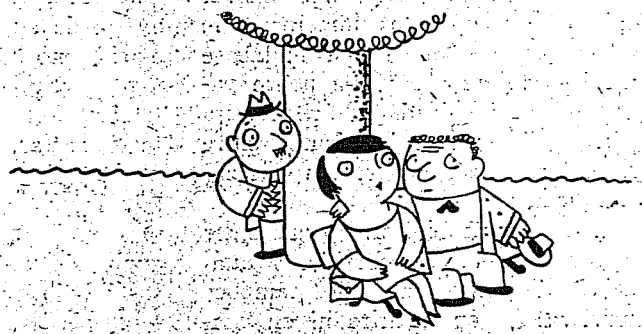
—¡Rica!
—¡Guapo!



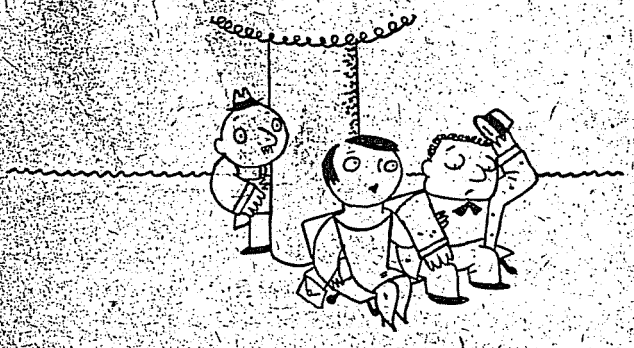
—¡Te voy a comer!
—Haz de mí lo que quieras: ¡soy tuya!



—Si no fuese porque es tan de día y alguien pudiera vernos...



—¡Qué lástima!



—En fin; otro día será.



—¡Pero caballero, no sea usted idiota! ¡Esperamos a que anochezca!



Método de amor

I

Estaban juntos sorbiendo café en la terraza de un Círculo, Juanito Santiponce y su tío Andrés Valdivia. Era Juanito un pollo imberbe, de ojos azulosos, ademanes perpetuamente cansados, lánguidos, desmayados y voz cariciosa y lenta. Apenas habíase asomado aún a la vida. Las mujeres —que son lo más sabroso de ella— le tentaban de una manera absorbedora; pero, al mismo tiempo, le inspiraban un terror pánico, un respeto casi inexplicable. De esta doble actitud suya nacía una gran torpeza para cuanto se refería a su conquista. La timidez le rompía los ímpetus y le frenaba el apetito. Y así hallábase ante las mujeres como un pobre paralítico que, al pie de un árbol, mira codicioso los sazonados frutos entre el verdor de las hojas, sin fuerzas para alcanzarlos.

Su tío, en cambio, era lo que suele llamarse un hombre corrido, y aunque añadiéramos galopado, tampoco incurriríamos en mentira ni en exageración. Sus rentas, bien administradas, le permitieron siempre vivir en absoluta holganza. Como cuando el diablo no tiene que hacer, se dedica, según las gentes, a matar las moscas con el rabo, Andrés Valdivia empleó su tiempo en emularlo dignamente. Claro está que él no se dió al deporte de matar moscas, porque para eso nacieron las arañas, sino al más grato juego de flechar mujeres y de matarlas, pero de gusto solamente, mientras hubo fuerzas para ello. Ya estaba Andrés Valdivia en el ocaso de su vida. Los años le arrastraban cuesta abajo y, además, unos cuantos alifafes, ayudaban la obra de los años. "Aquellos polvos —nunca se empleó mejor refrán alguno—trajeron estos lodos". Pero si los años le quitaban arrestos, no se le llevaban, en cambio, el humor. Aun se le iban los ojos, perennemente jóvenes, tras de las muchachas; aun le gustaba departir de amoríos con los mozos y aconsejarlos según las altas lecciones de su sabia experiencia. Puesto que ya no podía tomar parte activa en los juegos de Cupido, todavía se le deshacía la boca en mieles si la fortuna le deparaba ocasión de meter las narices—es lo menos que se puede meter—en cualquier aventurilla amorosa.

Su sobrino Juanito había acudido a él en consulta para contarle lo siguiente: una mujer casada, vecina y amiga de su familia, separada de su marido, no hacía más que rondar sus idas y venidas. Muchas veces le invitaba a pasar a su cuarto a tomar unas pastas, a jugar una partidita de naipes, a charlar sencillamente. La tal mujer se llamaba Eulalia y era una real hembra: rubia, pomposa, ancha de caderas, con unos deleitosos movimientos de busto, con unos ojos verdes, grandes y expresivos, con una boca jugosa y fresca, un poco grande y muy reidora. Cuando le recibía en su casa hacíalo vestida con una fina bata que transparentaba sus carnes y acusaba fuertemente sus líneas. Juanito no podía mirar su escote sin sentirse turbado, como si se asomara a un abismo.

Andrés Valdivia lo escuchó atentamente. Después de haber terminado Juanito su relato, meditó durante unos segundos el tío. Dió luego un profundo suspiro y exclamó al fin:

—¡Ay, sobrino! Le da Dios sarna a quien no sabe rascarse.

Tornó, dicho esto, a guardar silencio. Durante este nuevo silencio en sus ojos brillaron unos vivos chispazos y su lengua se paseó glotonamente dos o tres veces por sus labios, resecos. Como el silencio se prolongara más de la cuenta, Juanito, impaciente, le preguntó:

—¿Qué me aconseja usted, tío?

El tío salió de su mutismo y le respondió:

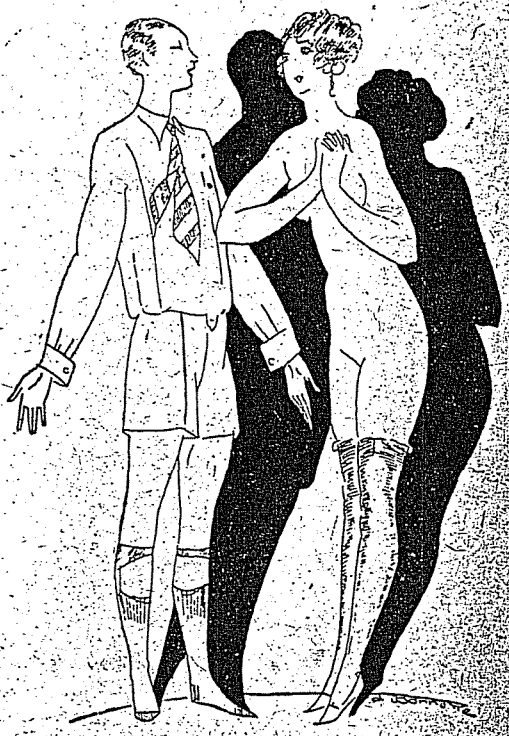
—Eso, sobrino, es pan comido. Sobre todo, Juanito, si sigues mi método. Mira todo lo que debes hacer...

Estúvole susurrando al oído consejos, nacidos todos de su conocimiento del corazón femenino, durante buen espacio de tiempo. Y cuando creyó que había traspasado a Juanito su imponderable ciencia de viejo Don Juan, despidiólo dándole unas palmaditas en el hombro y diciéndole:

—Mi método, sobrino, es lo mejor que hay para estos casos. Ven mañana para contarme su resultado. Y recibe desde ahora mismo mi enhorabuena...

II

Al día siguiente, a la misma hora, Andrés Valdivia esperaba a su sobrino en la terraza del Círculo. Erase una hermosa tarde de otoño, que fenecía con dulce desmadejamiento entre purpúreos vislumbres celestes. Corría una brisa suave, fresca, que



EN EL PASILLO DEL HOTEL

El.—*¡Ay, perdón, señorita, por estar tan poco presentable, pero, por lo visto, voy al mismo sitio que usted.*

Ella.—*Usted perdone, caballero; pero él único que va a irse a ese sitio es usted.*



—*Para poner en práctica todo lo que me prometen mis enamorados, harían falta catorce regimientos cuatro días antes de ser licenciados.*

apenas soliviantaba los ramajes de unos árboles cercanos y que arrugaba los vestidos de las mujeres contra sus cuerpos, rozagantes, como con una caricia tímida, escalofriada de deseo.

Cuando Andrés Valdivia se sumía en la contemplación de una hembra juncal, que venía por la acera anadeando el talle y prodigando sonrisas y ojeadas, sintió posarse una mano en su hombro. Volvió la cabeza y hallóse con Juanito. Pero ¡qué estampa traía el mozo!... Su rostro mostraba una gran inflamación en el carrillo izquierdo. Aquello no parecía ya un carrillo, sino un carretón. Y sus ojos tristes, lacrimosos, se hundían como dos zafiros en una cisterna dentro del embudo que, a su alrededor, formaban unas amoratadas exuberancias. Juanito, además, daba muestras de estar muy nervioso. Su mano derecha no dejaba de palpar la corbata, un poco transfuga, un bastante mal anudada y torcida hacia el hombro izquierdo.

—¡Juanito! — exclamó el tío—. ¿Qué te pasa?... ¿Quién te ha puesto así?...

Juanito sentóse frente a él, y casi llorando, le contestó:

—¿Quién había de ser?... ¡Eulalia!...

—¡Eulalia! Pero ¿es posible?...

—De una posibilidad muy sencilla y muy dolorosa. Fuí a verla; puse en práctica cuanto usted me aconsejó; apliqué su infalible método, y aquí tiene usted el resultado. Lastimoso, ¿qué duda cabe?... Mientras, abandonando mi timidez, me limité a hablar, todo marchó con calma. Pero, en cuanto pretendí pasar a vías de hecho...

—Vamos por partes, sobrino; ¿A qué le llamas tú pasar a vías de hecho?

—Pues a que teniéndola junto a mí, muy apretujados los cuerpos en el hueco del balcón, mareado porque por la abertura de su bata veía removerse sus senos en la cárcel de seda, intenté estrecharla de pronto entre mis brazos y besarla en el capullo de amapola que es su boca. Entonces ella se irguió inesperadamente contra mí y me sacudió una bofetada que sonó como un cañonazo. Yo recordé entonces uno de los consejos que usted me diera: "Con las mujeres—me dijo usted ayer—hay que mostrar siempre una gran osadía." Insistí, pues, con ahínco. Pero Eulalia se puso como una fiera. Me agarró de la corbata casi estrangulándome, me pisoteó los pies, me coceó en las espinillas y, al ver que, a pesar de ello, mis manos febriles, anhelantes, ansiosas, se le perdían ropas adentro por túneles de suaves tibiezas, me puso los ojos a puñetazos tan torturados que durante un buen rato no conseguí adueñarme de mis niñas, enloquecidas, bizcas, acometidas de un sobresaltado estrabismo... Llamó luego Eulalia a su criada y, entre las dos, me pusieron a empujones en la escalera. Aquí me tiene usted, tío...

Andrés Valdivia sumergióse en una profunda meditación, de la que emergió a poco la siguiente frase:

—Las mujeres son verdaderamente un abismo. Jamás se las conocerá lo bastante. ¡Hay que reconocerse!...

Y, después de otros segundos de silencio, volviéndose ya a su asendereado sobrino, añadió:

—Bien sabe Dios, Juanito, que pensé que eso era pan comido...

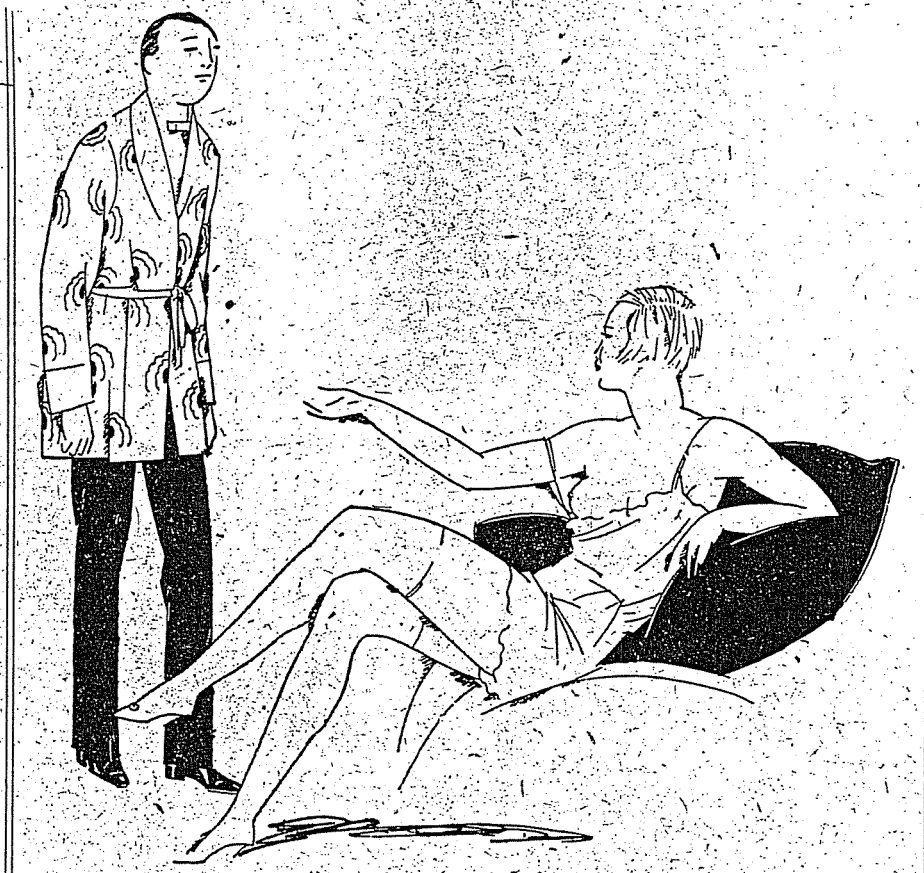
—Pues ya ve usted tío —le replicó el mozo—, ya ve usted cómo el pan comido se ha trocado en tortas que nunca podré digerir...

En acabando de decir esto, dos lágrimas le rodaron por las mejillas tumefactas.

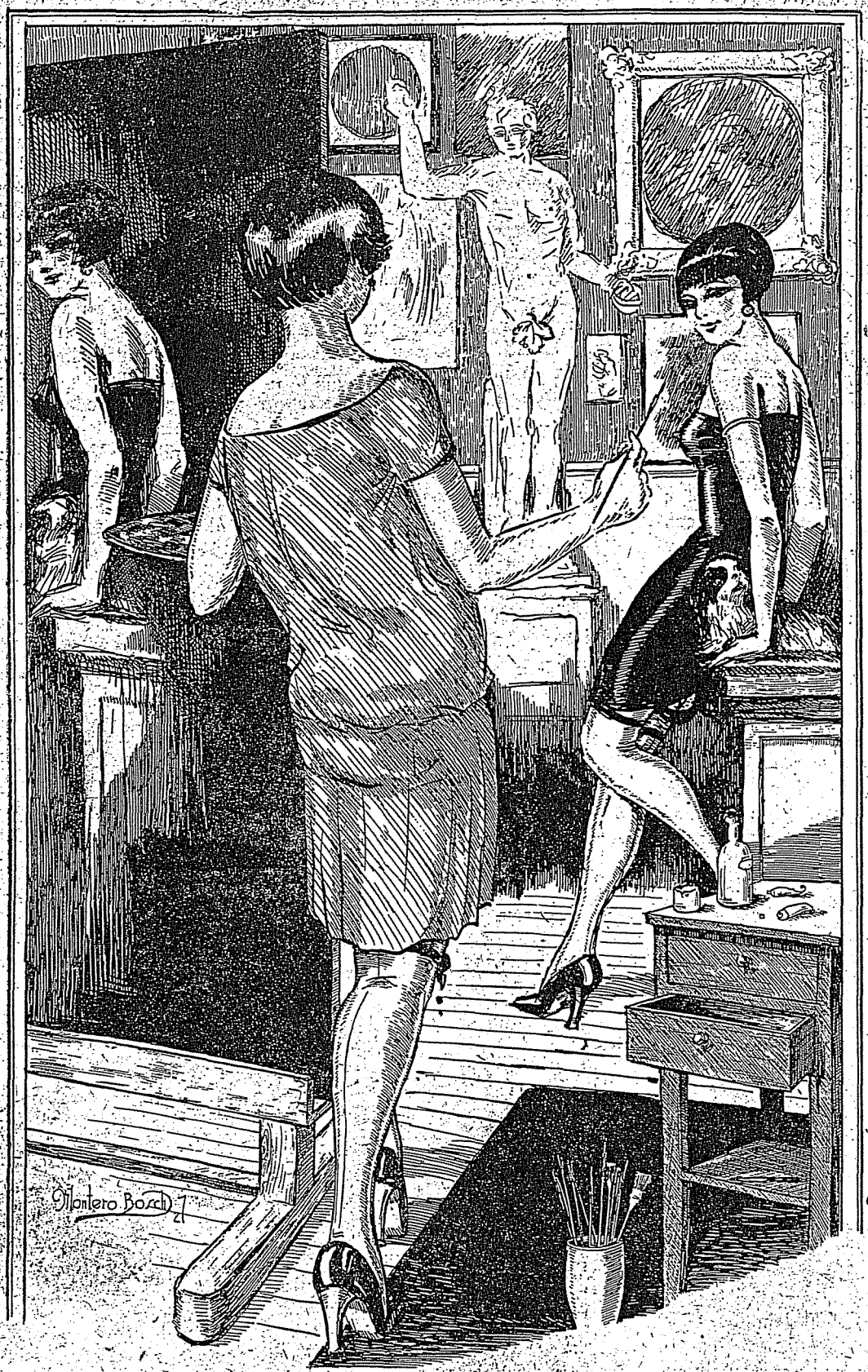
Andrés Valdivia no paraba ya mientes en ello. Sus ojos se clavaban en las mujeres que pasaban a su lado. ¡Para seguir estudiándolas, sin duda!...

José A. Luengo.

Pronto FRIVOLA
la gran revista de belleza



Ella.—*Cualquiera cree al verte tan elegante y tan fino de línea, que eres un gran boxeador. ¡Y de los que llegan al once* round, *verdad?*



LOS ULTIMOS TOQUES, por *Montero Bosch.*

La pintora.—*A ver si te estás quieta, que voy a dar los últimos toques.*
La retratada.—*Haré lo posible por contenerme, pero no respondo.*

A una mujer...

Mi chavala postinera,
la que llevo yo a mi vera,
la divina pecadora
que sufre por que la quiera,
y por que la quiera llora.
La que me aguarda en la reja.
la que marchar no me deja
hasta que no nace el día;
la de faz que se asemeja
a una flor de Andalucía.
La que ríe cuando canta,
la que tiene en su garganta
la blancura de la nieve;
la que me mira y me encanta
cuando sus párpados mueve.
La de los lindos ojazos,
la que siempre entre sus brazos
me mira con ansia loca,
la que se haría pedazos
por un beso de mi boca.
La que es mi amor y mi nena,
la que yo adoro por buena
y a quien con fervor venero,
la que al contarme una pena
comprende cuánto la quiero.
La que su cuerpo me ofrece,
la que al verla me parece
que soy yo su solo amparo,
la que se queja y padece
cuando de ella me separo.
La que sufre mil desvelos,
la que al torturar los celos
me conquista con su arrullo,
la que jura por los cielos
que tan sólo seré suyo.
La que llora, la que implora,
la que pasa hora tras hora
sumisa cuando yo mando,
la divina pecadora
que por mi amor va llorando.
La que, si ruego, se crece,
la que altiva se envanece
cuando me siente humillado,
la que a mi voz no obedece
si suplico enamorado.
La que con rabia y con pena
se convierte en una hiena
cuando se cree olvidada,
la que piensa en no ser buena
cuando se siente engañada.

.....

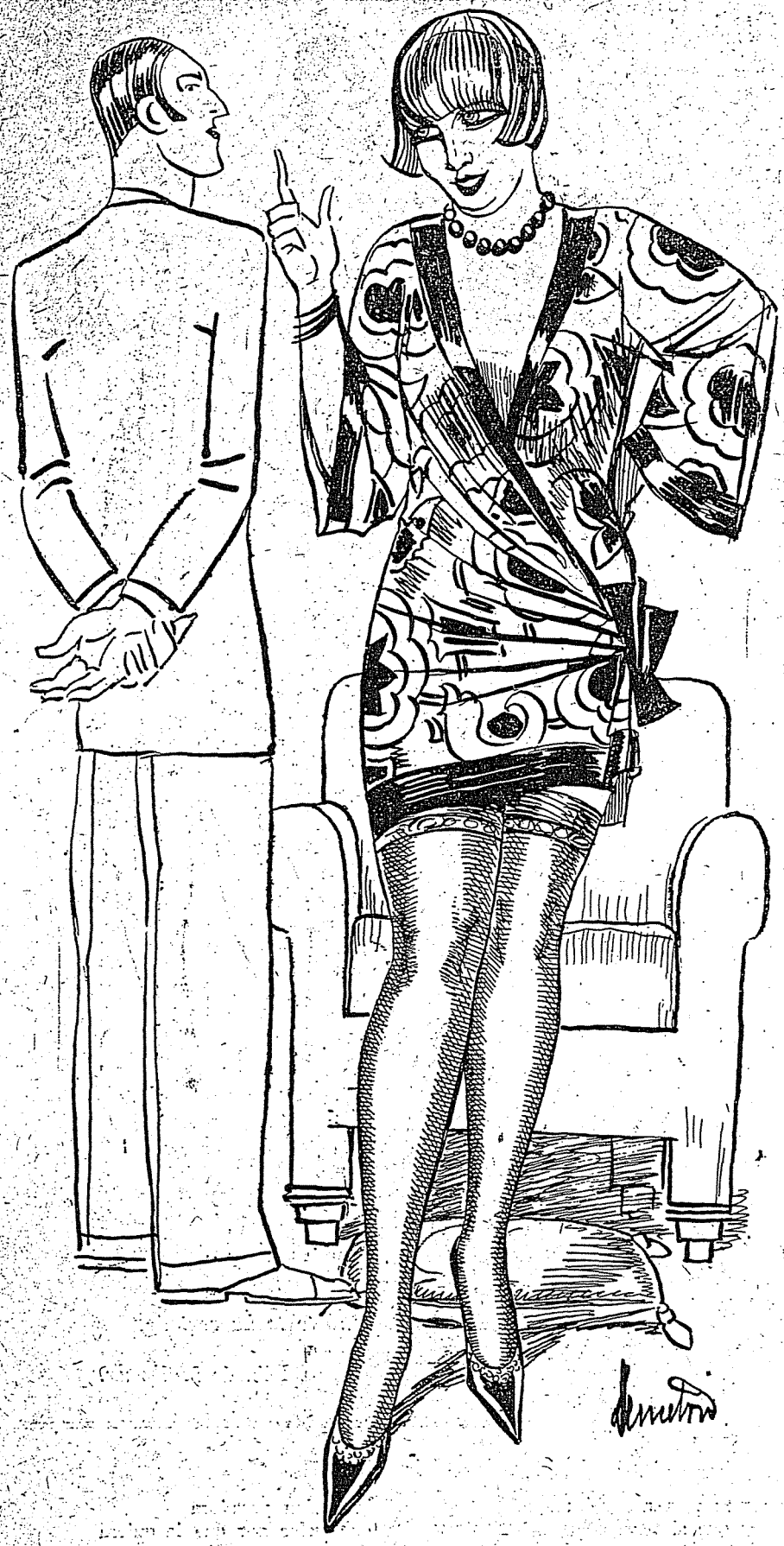
Tal eres tú, cielo mío,
mi amor, mi fe, mi albedrío,
faz que a una flor se asemeja,
de las que baña el rocío
cuando asoman por tu reja.
Flores que saben de amores
porque mil veces las flores
te oyeron hablar de amor,
flores que con sus colores
quieren copiar tu rubor.
Ilusión que es mi alegría,
faro, estrella, norte, guía,
yo todo lo adoro en ti,
mujer que yo he de hacer mía
porque nació para mí.
Alma de locos anhelos,
lucero que allá en los cielos
tienes tu ruta a seguir;
mujer que si tiene celos
se cree que va a morir.
Ya en los espacios benditos
escritos como dos gritos,
van nuestros nombres al son,
pues los dos fueron escritos
con sangre del corazón
Por eso vente a mi vera,
mi chavala postinera,
la divina pecadora
que sufre por que la quiera
y por que la quiera llora.
Cógete a mi brazo y deja
que yo te adore en tu reja,
mientras nace el nuevo día...
ya que tu faz se asemeja
a una flor de Andalucía.

RAMÓN MARTÍNEZ-ALVAREZ.



—¡Precioso salto de cama! ¿Cuánto te ha costado?
—Un salto.

Dib. de *Molineux*.



DE LOS ANUNCIOS POR PALABRAS, por *Demetrio.*

Ella.—*¡El trato, es trato! Usted puso un anuncio que decía: "Joven elegante que desea dedicarse al* cine, *aceptaría doscientas pesetas mensuales de viuda joven y bien formada, para la que será como un perro..."*

Siete...

Siete colores: arco iris hecho;
siete días: completa una semana;
siete puñales húndense en el pecho
de María, la Virgen Soberana.

Siete son los Pecados Capitales;
(siete por siete son cuarenta y nueve)
siete son las estrellas siderales
del barro (que se ven cuando no llue-
[ve).

Siete infantes de Lara hay en la
[Historia;
siete sabios en Grecia (¡Oh, mi me-
[moria!)
pusieron a los hombres en un Siete.

Siete tortas sin sal ni levadura,
me atizó mi mujer con mano dura
porque a la americana le hice un siete.

LUGEA.

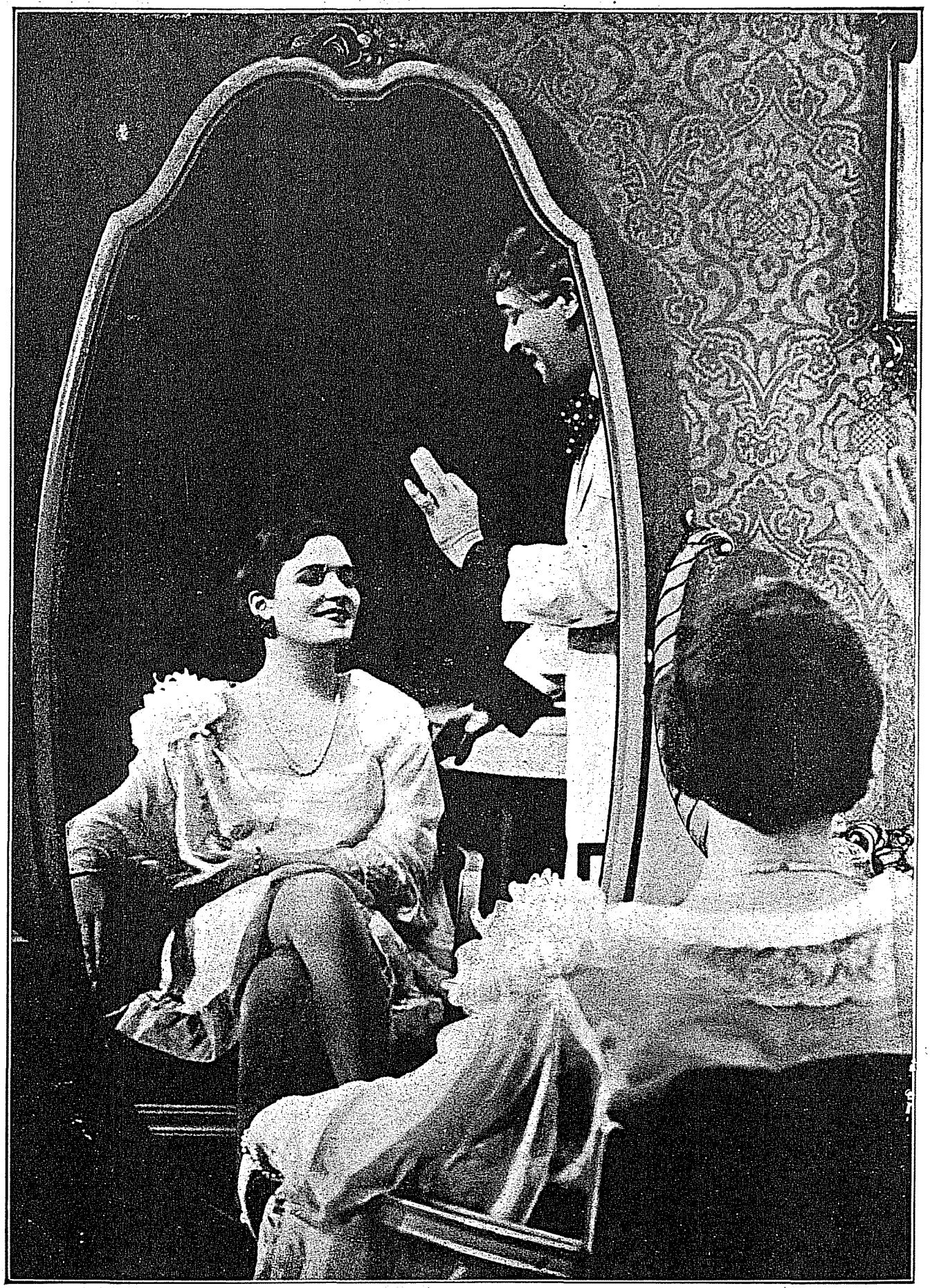
Teatro Maravillas

¡Ni específicos, ni paraísos artificiales, ni más zarandajas que valgan!

Para llegar al convencimiento de que la vida tiene buenos ratos, no hay como asistir al *Teatro Maravillas,* en donde además de las guapísimas artistas que allí se ven, y el agradable rato que pasaréis con el gracioso Alady,... ¡Ni ná ni ná de mujeres monstruosamente guapas que asisten como espectadoras!

Uno de estos días nos entregarán los clichés de las postales a todo color de Demetrio y Picó. Inmediatamente procederemos a la impresión. Suplicamos por tanto a los numerosos señores que nos han favorecido con sus pedidos, que esperen unos días.

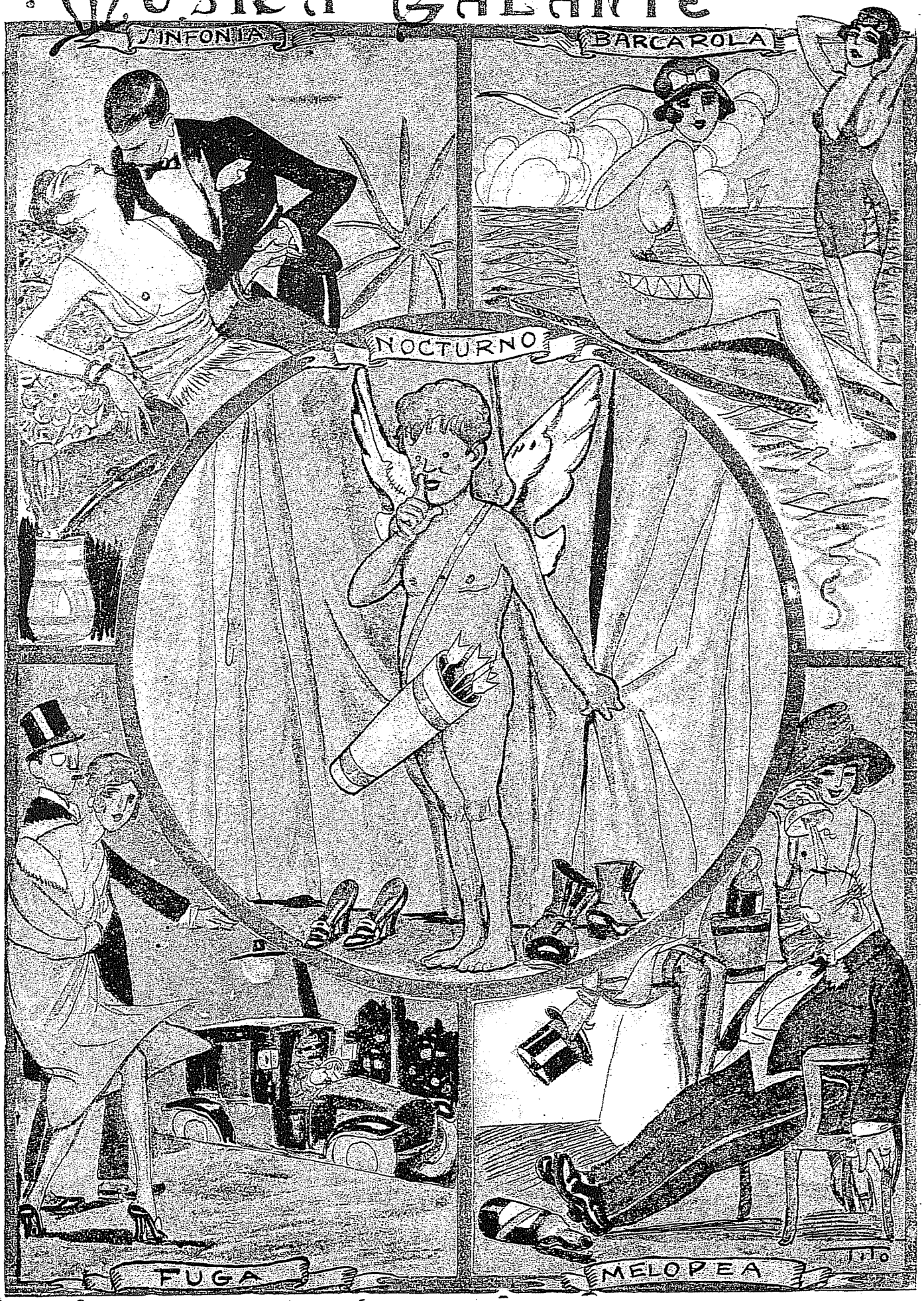
FOTOGRAFIAS
GALANTES: RARAS
Hermosas colecciones
10 Pesetas en sellos de Correos
Escribid a **Excelsior,** Poste Restante Central.
BORDEAUX (FRANCIA)



LAS SUPERPRODUCCIONES DE LA U. F. A.

Una escena de la graciosa comedia cinematográfica titulada "El heredero de Su Excelencia".

MUSICA GALANTE



Dibujo de TITO